

MI HIJO MUERTO

POR
DORA ROSALES DE WESTBROOK

La gran revista BOHEMIA me abre sus páginas, su director, Miguel Angel Quevedo, el cívico y humano periodista, se me brinda para que en ellas yo venga a volcar mis lágrimas y a evocar la vida honesta y ejemplar de mi inolvidable hijo, Joe Westbrook, asesinado junto con sus heroicos compañeros Fructuoso Rodríguez, Machadito y Juan Pedro Carbó, en Humboldt número 7, el 20 de abril de 1957.

Agradezco esta oportunidad de llegar al herido corazón del pueblo de Cuba, y el de los hermanos países de la América, para destacar la vigorosa personalidad de mi dulce hijito, que tantos recuerdos ha dejado en esta tierra que abriga sus huesos de mártir, de incansable luchador por la libertad y el decoro de los cubanos.

Como todo aquel que ha sufrido hasta el fondo, me siento emparentada con el dolor del mundo, y en nuestra América, que ha padecido tanto, sé que mi pena ha de encontrar eco, y ha de alzarse la imagen de Joe en toda su gloria, por su pensamiento martiano que lo llevó al combate clandestino y a la inmolación generosa de su vida, por la pureza de sus ideales y de su conducta, que refleja y sintetiza los valores morales de la nueva generación continental. Por eso mi queridísima Pura del Prado, poetisa insobornable que hizo saltar su canto rebelde sobre el silencio de la censura tiránica, amiga de mi hijo, que lo conoció tan de cerca y tan adentro, pudo evocar en tan hermosa elegía, con esa elevación profundamente humana y, al mismo tiempo, de una emoción casi celestial. Así era mi hijo, ni siquiera su callada modestia podía evitar que todos le vieran la luz. Mi hijo era amado en todas las clases sociales, lo querían hombres de todas las razas, era amigo del limpiabotas, el artista, el hombre público, el rico, el pobre, en todos despertaba simpatía y cariño. Era el nieto preferido, el sobrino que se tenía como a hijo, sus primos Carlos ("Chino") y Héctor, que siguieron su lucha, lo adoraban y hasta sus íntimos, a pesar de la frase famosa que asevera: "No hay grande hombre para su ayuda de cámara", porque esos íntimos no lo vieron nunca claudicar, ni desmayar ante el esfuerzo, y lo conocieron sacrificándolo todo a la Patria y lo miraron seguir en el combate pese a su sentimiento constante de la muerte, a la que nunca temió ni rehuyó si para evitarla tenía que doblegar su dignidad. Escribía con luces, recuerdo su artículo, "Clarínada a la Juventud", en el periódico "La Calle", y aquí reproduzco un fragmento de una de sus cartas a su gran compañera y amiga Eva Jiménez, entonces desterrada en México: "Yo quisiera con mis sencillas letras volcar sobre ti todo mi corazón joven y bravo y decirte con él en la mano, Eva, yo me ofrezco en holocausto a la Patria para servir de bandera a la liberación de Cuba, y así con el goce pleno del deber cumplido, tú, mi amiga y compañera, poder decir a cuatro voces en América: he ahí las reservas morales de nuestro pueblo, he ahí una generación que empie-



"Cuando no se le pueda tener fe a nadie, yo siempre la tendré en los principios y en mí mismo". Joe Westbrook.

za sobre otra que termina, he ahí mis hermanos de causa, y entonces mover de un lado a otro de América nuestra bandera de la estrella solitaria, hoy abochornada de tener al lado un trapo vil de mil colores." Así eran sus pronunciamientos, por eso cuando alguien le pintaba como un sueño utópico el derrocamiento de la Dictadura, Joe, que era un muchacho de fe, le respondía: "Torres más altas se han caído, dice el refrán popular, y en el estrépito de su derrumbe, aplastará a todos los asesinos, a todos los cobardes y a todos los que querían apuntalar de un modo u

otro, el podrido edificio de la tiranía."

Hablando conmigo el padre O'Farrill una vez, en New York, me decía: "Joe era un elegido de Dios, por eso murió temprano." El profesor Rafael García Bárcena, mucho supo de su pensamiento, de su inmenso amor a Cuba, por eso aún llora su muerte, y escribió tan bellas líneas sobre él en esta misma revista BOHEMIA. También sus compañeros del glorioso Directorio Revolucionario —Joe fue uno de sus máximos propulsores— evocan la magnitud de su figura con un sentimiento que resumen lla-

mándolo "el adolescente Apóstol" y bautizaron con su nombre una de las escuelas de la Sierra del Escambray, porque él era un combatiente no sólo con las armas, sino también con la cultura.

Yo podría citar aquí tiernísimas memorias de su infancia, de su vida cotidiana, del gran amor que me tuvo siempre, pues fue un hijo ejemplar, que jamás me faltó en nada, y tuvo en mí, refugio y aliento merecido, pues yo nunca lo osbtaquicé en sus luchas y si alguna vez le hablaba del temor que yo sentía por su vida, cosa muy natural en una madre, él callaba y entristecía y me encontraba al fin y al cabo siempre junto a él, ayudándolo. Pero si yo, que soy su madre le hago la alabanza que en justicia se ha ganado, y relato sus grandezas en privado, podría parecer pasión maternal, por eso es que cito lo que dicen los otros.

Mucho quiso a su Dysis, con la que se hubiera casado el 4 de Mayo, si quince días antes no lo hubieran matado en plena ilusión de bodas. El quería dejarme un nieto para consuelo, pues sentía a la muerte acechándolo, pero la muerte llegó primero y me dejó infinitamente sola. Pidió que lo enterraran con su traje negro de Martí y sus obras escogidas en la caja.

Hoy recorro estas calles de La Habana, por las que tanto mi único hijo transitó, y me parece que voy a verlo detrás de sus columnas, andando por sus portales, bajando las escalinatas de la Universidad. Cuando miro al Alma Mátar con sus brazos abiertos me imagino que tiene en su regazo al hijo idolatrado. Hoy lo siento allá en el cielo, bajo las alas limpias y protectoras de Martí, y yo, aquí en la tierra, con mi tristeza profunda, con la angustia de mi corazón, en la impotencia de poderlo recuperar. Sólo pido que no me lo olviden nunca, porque así me parece que vive un poquito en el corazón de todos los cubanos. Que llegue hasta el último rincón de la Isla la dulzura de su sonrisa buena, y encuentre el amor de su pueblo, ese pueblo por quien gustoso se inmolará, en la gloria de su purísimo ideal.

Yo iré siempre por la vida, hasta que Dios me lleve a su lado, porque soy como un barco sin puerto, como una gaviota sin aire, con el abrazo grande a todas las madres de luto; dedicada absolutamente, con todo lo que soy y lo que puedo aportar, al engrandecimiento de su memoria, y a trabajar porque sus sueños permanezcan cumplidos, y en esta isla amada, en esta patria donde sus huesos nutren palmas, existan siempre la libertad y la justicia, y él, y todos los mártires puedan dormir tranquilos el sueño de la paz, teniendo al borde de sus tumbas las rosas blancas de un pueblo dichoso que los ama y sabe que ellos son las raíces de esa República que soñó Martí.

Con mi profundo dolor:

Dora Rosales de Westbrook.

Habana, Enero de 1959.